

## CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

2 de noviembre de 2017

Sab 3, 1-9; Rom 8, 31-35.37-39; Lc 24, 13-35

El pensamiento humano se siente perturbado ante la muerte. Actualmente, sin embargo, tiende a sacarla de su horizonte. Tanto a nivel de pensamiento como a nivel de evitar al máximo posible la presencia de los difuntos. Y, en cambio, hermanos y hermanas, es una realidad inexorable. Como cantaban los peregrinos medievales de este santuario: "ad mortem festinamus"; es decir: "vamos deprisa hacia la muerte". El canto de los peregrinos insiste en esta idea: la vida es breve, se terminará pronto; la muerte no se compadece de nadie, lo destruye todo. La conclusión de esta realidad es -dice este canto- que hay que dejar de pecar - "peccare desistamus", va repitiendo el estribillo- y, por tanto, que hay que mejorar la calidad espiritual de nuestra vida para que podamos entrar felices en el Reino de Dios (cf. Cantos del Llibre Vermell de Montserrat). Al contrario de lo que suele ocurrir en nuestros días, en la época medieval la muerte era mucho más presente a los ojos de todos porque había mucha más mortandad que hoy. Y solía ser, también, una característica del ambiente medieval, afrontar con miedo la muerte debido a las consecuencias que podía comportar la entrada en la otra vida. Se hacía hincapié en el temor al juicio de Dios, considerado en todo su dramatismo. Esta actitud, entró en la liturgia misma de difuntos, hasta la reforma del Concilio Vaticano II. El texto más significativo es la secuencia "Dies irae" de la misa de difuntos; ante la muerte, expresa los sentimientos de miedo y de culpabilidad: "aquel será un día terrible -dice-, un día de ira; qué espanto nuestro cuando venga el juez a pedirnos cuenta con rigor -canta, aún, el poema- [...]; un día de lágrimas será aquel en el que el hombre resucitará del polvo para ser juzgado". Y, después de preguntarse "qué diré yo, miserable" en ese momento, el creyente sólo puede decir, también según el poema: "Rey de majestad inmensa, que salvas por benevolencia [...], os ruego, humilde y postrado, con el corazón hecho polvo como la ceniza, que cuides de mi último momento".

Ciertamente, a pesar de su tono tan temeroso, no es una oración desesperada, que no vea una salida positiva a la condición pecadora. El creyente, en el poema del "Dies irae", invoca el perdón del Juez justo, Jesucristo, con la esperanza de que también tendrá con nosotros la actitud de perdón que ofreció a la pecadora y al buen ladrón, él, que es el buen pastor, que buscó con amor la oveja perdida, que experimentó el cansancio en venir a buscar y que murió en la cruz por nosotros. Por ello, el poema termina invocando la ternura de Jesús para que dé reposo a los difuntos.

Nunca, pues, la fe cristiana ha dudado de la misericordia de Dios para con la debilidad y las faltas cometidos antes de la muerte. Ni en los momentos más pesimistas de la visión de la muerte que reflejan los dos textos que he citado. En cada celebración de la Eucaristía, la Iglesia hace memoria de los difuntos y los confía a la misericordia de Dios. Y desde la edad media, dedica el dos de noviembre a invocar con más intensidad sobre ellos el amor del Padre y la fuerza salvadora de la sangre de Jesucristo. Pero es cierto que en la época medieval había quedado en segundo término una visión más pascual de la vida y de la muerte cristianas, tal como las presenta el Nuevo Testamento.

Los textos que he citado antes expresan el temor que experimenta la naturaleza humana ante la muerte y la culpabilidad de la conciencia. Lo expresan desde una orientación cristiana, pero como si Dios fuera un ser lejano y no el Padre entrañable que ama intensamente cada ser humano. La Palabra de Dios, en cambio, nos hace ir

más a fondo; nos quiere más confiados en el amor del Padre y en el perdón y la salvación que encontramos en Jesucristo. Este es el nuevo acento que la liturgia posterior al Concilio Vaticano II ha querido destacar.

La dimensión humana de frustración ante la muerte, la hemos encontrado en los discípulos de Emaús del relato evangélico que acabamos de escuchar. Estaban abatidos por la muerte de Jesús y no veían nada más que el fracaso irreparable que esta muerte suponía. También a nosotros nos suele pasar ante la muerte de un ser querido; experimentamos el dolor de la separación y nos parece que ya lo hemos perdido del todo, como si la muerte fuera el final de la existencia de la persona. En cambio, como para los discípulos de Emaús, la palabra de Jesús nos ilumina el misterio de la muerte. De alguna manera nos recrimina también a nosotros: *¡si que te cuesta entender! qué corazones tan indecisos a creer!* Pero es una recriminación amistosa, que es agradable escuchar porque en último término nos reafirma en la fe y en la esperanza. Aunque nos cueste entender, a pesar de la indecisión a creer, Jesucristo nos dice que debemos seguir con una vida de fidelidad al Evangelio y, como él, tenemos que pasar por la muerte para entrar con él en la *gloria*.

Esta buena noticia sobre el sentido de la muerte, ha sido meditada por San Pablo, tal como hemos escuchado en la segunda lectura. El Apóstol también insistía en que nuestro destino está estrechamente ligado con el del Cristo. Él con su muerte nos ha dado prueba del amor del Padre y con su resurrección ha comenzado a transformar nuestras preocupaciones, nuestros sufrimientos y hasta nuestra muerte en victoria. Aquellas preocupaciones tan humanas y aquel miedo ante la muerte que expresaban los dos cantos medievales que he mencionado, deben dejar paso a una confianza plena. No basándonos en nuestros méritos y en nuestras virtudes, sino en el amor del Padre que sabe de nuestra debilidad y en la intercesión de Jesucristo por nosotros, él que ha derramado su sangre sobre nuestras faltas. Si en la fe procuramos corresponder al amor que Dios nos tiene, él nos lo dará todo, también la vida eterna, *junto con su Hijo*. Dios nos ama tanto que ha querido que en el juicio sobre la calidad de nuestra vida, el juez sea a la vez nuestro abogado defensor, Jesucristo (cf. San Agustín).

Con esta confianza en la muerte y la resurrección del Señor, rogamos hoy por nuestro hermano monje el P. Salvador Plans, muerto en este último año, y por todos los demás monjes difuntos. Oremos por los familiares, amigos y benefactores difuntos de los monjes, de los escolanes, de los que formáis esta asamblea litúrgica. Oremos por todos los que han muerto en todo el mundo. Que el Señor les permita, por su cruz gloriosa, *entrar en su gloria*.

Y ahora, dispongámonos a adentrarnos en la celebración de la Eucaristía. El Señor resucitado, camina con nosotros, como lo hizo con los discípulos de Emaús, y nos partirá el pan para encaminarnos, también a nosotros, hacia la plenitud de la vida en su gloria.